

PRESENTACION

El 30 de Octubre de 1985, el Centro de Divulgación del Conocimiento Económico (CEDICE), inauguró su nueva sede en el edificio de la Cámara de Comercio de Caracas. Orador principal en el acto fue el licenciado Carlos Rangel, miembro fundador del Centro e integrante de su Consejo Directivo. En lo formal, las palabras de Rangel constituyeron hermosas pinceladas de reconocimiento a dos gigantes del pensamiento y la acción en favor de la libertad: Joaquín Sánchez Covisa y Friedrich von Hayek. Y, en cuanto al fondo, mostraron que el camino hasta ahora recorrido por los luchadores de la libertad en el mundo ha estado lleno de sinsabores, pero que el esfuerzo no ha sido en vano: “aunque seguimos estando en una situación peligrosa, ya no lo es tanto hoy como lo fue ayer”, afirma Rangel. Y concluye señalando que ha llegado el tiempo de divulgación de aquellas ideas sobre el mercado y la libertad “que ya nadie puede ignorar ni podrá detener”.

CEDICE, en su afán de difusión de tales ideas, se complace en editar las palabras de Rangel. El autor, por lo demás, no necesita de mayores presentaciones. Más que un comunicador social (profesión que quizás aparece en sus documentos oficiales), Carlos Rangel es una intelectual de las ciencias sociales con sólido y merecido prestigio nacional. Y aún más que eso: es un hombre de talla mundial en el campo del saber científico, de la cultura y de la acción humana.

Fernando Salas Falcón
Director de CEDICE

TIEMPO DE CONOCER LA LIBERTAD

Amigas, amigos:

Oscar Schnell les ha informado sobre el motivo de encontrarnos aquí esta noche, sobre el origen de este Centro de Divulgación del Conocimiento Económico, CEDICE, y sobre los brillantes resultados obtenidos en corto tiempo. Por coincidencia llena de significado, el libro del mes de CEDICE es en este momento mismo Economía de Mercado y Bienestar, de Joaquín Sánchez Covisa, quien con el apoyo de un grupo de hombres clarividentes, inició desde 1961 el combate de ideas que CEDICE ha retomado.

Esos 25 años no han pasado en vano. Varios de quienes estamos aquí presentes recordamos como si fuera ayer la burla y el desprecio con que fueron acogidas en 1961 aquellas primeras expresiones de lo que se llamó despectivamente “neo-liberalismo”, publicadas en la revista Orientación Económica, sin sospechar quienes así pretendía descalificar a Sánchez Covisa y a Nicomedes Zuloaga Mosquera y a los otros animadores de Orientación Económica, y descalificar también a von Mises, a Hayek y a otros gigantes de la ciencia económica y de la filosofía política, sin sospechar esos detractores superficiales, que esas ideas, de esos economistas y filósofos de quienes hasta aquel momento habían ignorado hasta el nombre, vibraban en el espíritu de nuestro tiempo.

Veinte años más tarde, en 1981, Hayek hizo una visita a Venezuela y tuve el privilegio de tener una larga conversación con él. Como ante todo soy periodista, me constituí en abogado del diablo. En su libro La Constitución de la Libertad, Hayek sostiene que el socialismo está muerto. Yo le objeté que se puede argumentar con mucha fuerza que no sólo no está muerto el socialismo, sino que tal como sostuvo Marx, es el Capitalismo el sistema que se ha estado muriendo y que se va a morir sin remedio. Porque muy poca gente, aún en los países de economía de mercado admirable y floreciente, parecen darse cuenta de que el bienestar y la libertad de que disfrutan tienen

algo que ver con el sistema capitalista a la vez tienden a atribuir todo cuanto identifican como reprochable en sus sociedades, precisamente al Capitalismo.

“Eso es cierto, me respondió Hayek, y es una situación peligrosa. Pero no es tan cierto hoy como lo fue ayer. Hace cuarenta años la situación era infinitamente peor. Todos los “diseminadores de ideas de segunda mano”: políticos, maestros, periodistas, etc., habían sido desde mucho antes conquistados por el Socialismo y estaban todos dedicados a inculcar la ideología socialista a los jóvenes y en general a toda la sociedad, como un catecismo. Parecía ineluctable que en otros veinte años el Socialismo abrumaría sin remedio al liberalismo. Pero vea usted que eso no sucedió. Al contrario, quienes por haber vivido largo tiempo podemos comparar, constatamos que mientras los dirigentes políticos siguen empañados por inercia en proponer alguna forma de Socialismo, de asfixia o de abolición de la economía de mercado, los intelectuales de las nuevas generaciones están cuestionando cada vez más vigorosamente el proyecto socialista en todas sus formas. Si esta evolución persiste, como es dable esperar, llegaremos al punto en que los diseminadores de ideas de segunda mano a su vez se conviertan en vehículos del cuestionamiento del Socialismo. Es un hecho recurrente en la historia que se produzca un desfase entre la práctica política y la tendencia próxima futura de la opinión pública, en la medida en que ésta está destinada a seguir por el camino que están desbrozando los intelectuales, que será enseguida tomado por los subintelectuales (diseminadores de ideas de segunda mano) y finalmente por la mayoría de la sociedad”. Pero, insistí yo, algunos de los más eminentes y profundos pensadores liberales, como Schumpeter han expresado el temor de que la sociedad liberal, no obstante ser incomparablemente superior al Socialismo, sea precaria y tal vez no sólo no esté destinada a extenderse al mundo entero —como se pensó hace un siglo— sino que termine por autodestruirse, aún allí donde ha florecido. Schumpeter sostuvo que la civilización capitalista, por lo mismo que es consustancial con el racionalismo, el libre examen, al crítica constante de todas las cosas, permite, pero además propicia, estimula y hasta premia el asalto ideológico contra sus fundamentos, con el resultado de que finalmente hasta los empresarios dejan de creer en la economía de mercado.

“Schumpeter (me admitió entonces Hayek) llegó a la conclusión desoladora de que el desapego por la civilización capitalista, que ella misma crea, terminará por conducir a su extinción y que, en el mejor de los casos, un Socialismo de burócratas administradores está inscrito en la evolución de las ideas. Pero no olvidemos que Schumpeter escribió estas cosas (en Capitalismo, Socialismo y Democracia) hace más de cuarenta años. En el clima intelectual de aquel momento, el Socialismo parecía irresistible y con ello la segura destrucción de las bases mínimas de la existencia de la mayoría de la población del mundo. Esto último no lo percibió Schumpeter. Era un liberal, como usted ha dicho, y además un gran economista, pero compartía la ilusión de muchos en nuestra profesión de que la ciencia económica matemática hace posible una planificación tolerablemente eficiente. De modo, que, a pesar de estar él mismo persuadido de que la economía de mercado es preferible, suponía soportable la pérdida de eficiencia y de productividad inevitable al ser la economía de mercado donde quiera sustituida por la planificación. Es decir, que no se dió cuenta Schumpeter hasta que punto la supervivencia de la economía de mercado, por lo menos allí donde existe, es una cuestión de vida o muerte para el mundo entero”.

Pero lo que vamos (seguí yo en mi papel de abogado del diablo) es que los intelectuales de Occidente, son excepciones, han dejado de creer que la libertad sea el valor supremo y además la condición óptima de la sociedad. Ni siquiera el ejemplo de lo que invariablemente sucede a los intelectuales en los países socialistas, los desanima de seguir propugnando el Socialismo para sus propios países y para el mundo.

Con su respuesta, Hayek formuló lo que quiero esta noche subrayar: “Para el momento cuando Schumpeter hizo su análisis y descripción del comportamiento de los intelectuales en la civilización capitalista, yo estaba tan desesperado y era tan pesimista como él. Pero ya no es cierto que sean pocas las excepciones. Cuando yo era muy joven, sólo algunos ancianos (entre los intelectuales) creían en las virtudes y en las ventajas de la economía libre. En mi madurez, éramos un pequeño grupo, se nos consideraba excéntricos, casi dementes y se nos silenciaba.

“Pero hoy, cuarenta años más tarde, nuestras ideas son conocidas, son escuchadas, están siendo debatidas y consideradas cada vez más persuasivas. En los países periféricos los intelectuales que han comprendido la infinita capacidad destructiva del Socialismo todavía son pocos y están aislados. Pero en los países que originaron la ideología socialista: Gran Bretaña, Francia, Alemania hay un vigoroso movimiento intelectual en favor de la economía de mercado como sustento indispensable de los valores supremos del ser humano. Los protagonistas de este renacimiento del pensamiento liberal son hombre jóvenes, y a su vez tienen discípulos receptivos y atentos en sus cátedras universitarias. Debo admitir, sin embargo, que esto ha sucedido cuando el terreno pedido había sido tanto, que el resultado final permanece en duda. Por inercia, los dirigentes políticos en casi todos los casos siguen pensando en términos de la conveniencia, o en todo caso de la inevitabilidad de alguna forma de Socialismo y, aún liberales, suponen políticamente no factible desembarazar a sus sociedades de todos los lastres, impedimentos, distorsiones y aberraciones que se han ido acumulando, incorporados a la legislación, pero también a las costumbres de la administración pública, por la influencia de la ideología socialista. Es decir, que el movimiento político persiste en ir en la dirección equivocada; pero ya no el movimiento intelectual. Esto lo digo con conocimiento de causa. Durante años, tras la publicación de El Camino de la Servidumbre, me sucedía que al dar una conferencia en alguna parte, frente a públicos académicos hostiles, con un fuerte componente de economistas persuadidos de al omnipotencia e nuestra profesión y en la consiguiente superioridad de la planificación sobre la economía de mercado, luego se me acercaba alguien y me decía: quiero que sepa que yo por lo menos estoy de acuerdo con usted. Eso me dio la idea de fundar la Sociedad Mont Pelerín, para que estos hombres aislados y a la defensiva tuvieran un nexo, conocieran que no estaban solos y pudieran periódicamente encontrarse, discutir, intercambiar ideas, diseñar planes de acción. Pues bien, treinta años más tarde parecía que la Sociedad Mont Pelerín ya no era necesaria, tal era la fuerza, el número, la influencia intelectual en la universidades y en los medios de comunicación de los llamados neoliberales. Pero decidimos mantenerla en actividad porque nos dimos cuenta de que la situación en que habíamos estado años antes en Europa, en los Estados Unidos y en el Japón, es la situación en la cual se encuentra hoy quienes defienden la economía

de mercado en los países en desarrollo y más bien con mucha desventaja para ellos, puesto que se enfrentan al argumento de que el Capitalismo ha impedido o frenado el desarrollo económico, político y social de sus países, cuando lo cierto es que nunca ha sido verdaderamente ensayado”.

Esa, es en efecto, la situación en la cual nos encontramos quienes en Venezuela defendemos la economía de mercado. Pero podemos decir, como Hayek, que aunque seguimos estando en una situación peligrosa, ya no lo es tanto hoy como lo fue ayer. El habla de una evolución del pensamiento que había tomado 40 años. Nosotros podemos detectar y hablar de una evolución que ha tomado unos 25 años, desde que vivimos en democracia con libre debate de ideas, y que se está acelerando. Vemos a hombres que en sus días de estudiantes universitarios juraban por el marxismo, y hasta por el marxismo-leninismo, persuadidos ahora de que no sólo el marxismo es inviable, sino inclusive al social democracia y el socialismo cristianismo. Mientras no reconozcan el dato radical de la escasez como fundamento de la teoría económica.

Vemos como el debate nacional sobre el restablecimiento de las garantías económicas está ganado, al punto que es probable que las veamos restablecidas el próximo 23 de enero. De allí en adelante nos tocará otro combate, para que no se frustre el espíritu de esas garantías mediante leyes casuísticas que en la práctica las anulen. Pero habremos logrado un avance inimaginable todavía hace poco..

Hace once años y medio Joaquín Sánchez Covisa. Durante 13 había sido el director de 43 números de ORIENTACION ECONOMICA. Sus amigos sentimos desaliento. La revista dejó de aparecer. Pero el trabajo de Orientación Económica no había sido en vano. Al contrario: había cumplido una formidable labor de desintoxicación, cuyos frutos estamos cosechando. Y CEDICE ha recogido aquella antorcha, ya no en medio de burlas y desprecio sino como vehículo de divulgación de ideas cuyo tiempo ha llegado y que ya nadie puede ignorar ni podrá detener.

CARLOS RANGEL